

LA CULTURA EN EL MUNDO UNIVERSITARIO*

Por

Hernán Alejandro Olano García**

El 1 de junio de 2020, la revista *Nature* publicó un artículo titulado *Universities Will Never be the Same after the Coronavirus Crisis*, con una tesis en la cual se afirma la transformación permanente de las instituciones de educación superior en clave no presencial. ¿Podría la universidad ser sustituida, y con ella la cultura, el lenguaje y la comunicación?

Esos vaticinios suenan apocalípticos, pero el *Apocalipsis* o *Libro de las Revelaciones* combina profecías escatológicas con otras visiones que lo asimilan a las universidades, las cuales siempre tienen visión tanto del pasado como del presente y del tránsito al futuro. Por eso, ¿tiene alguna utilidad pensar en el idioma en la universidad o en cualquier otra institución?

Las primeras universidades surgieron durante la Edad Media, cuando se asociaron gremios de aprendizaje. El nacimiento de las universidades se basó en la tradición escolar grecolatina, que a comienzos del siglo IX fue impulsada por Carlomagno. De ahí que el primer nombre que se le dio a la Universidad fue el de Estudio General, *studium generalis*, el lugar de estudio abierto a todos¹, cuyos fines aparecerían definidos en Las Partidas del rey español don Alfonso X El Sabio, autor de la definición en latín de universidad: *universitās magistrōrum et scholārium*, que significa comunidad de profesores y académicos (partida II, ley I), donde se consagra la definición de la siguiente manera: «la Universidad es el

* Disertación presentada el 21 de febrero de 2022.

** Miembro correspondiente de la Academia Colombiana de la Lengua.

1 Sin embargo, Romano Guardini, en *Tres Escritos sobre la Universidad* (p. 64), dice que: «Los esfuerzos hechos hasta ahora no parecen ser muy fructíferos, quizá porque la idea que los guiaba se ha desarrollado, bajo el influjo de un racionalismo convencional, en la forma de un saber enciclopédico».

ayuntamiento de maestros et de escolares, que es fecho en algúnt lugar con voluntad et con entendimiento de aprender los saberes».

Precisamente, en estos ocho siglos de historia

la institución universitaria ha demostrado una extraordinaria vitalidad para hacerse cargo de los retos planteados por sucesivas y profundas mutaciones culturales, a los que siempre ha acabado por dar una respuesta sabia y eficaz, que abría nuevas perspectivas para el pensamiento científico y la actividad social.²

En las palabras de don Alfonso está claramente expresada la esencia de la Universidad como una comunidad de maestros y alumnos —*magistrorum et scholarium*— dedicados a los saberes y a la búsqueda de la verdad a partir de varios hábitos, entre los que están:

- Amor desinteresado a la verdad;
- Cultivo de la mente con método, orden y sistema;
- Difusión del conocimiento mediante publicaciones científicas;
- Esfuerzo intelectual;
- Especialización profesional;
- Estudio y rigor crítico;
- Humildad intelectual, un hábito que tiene presente la debilidad de lo que uno conoce y la intensidad de cuanto ignora;
- Respeto por la opinión ajena y al que está en el error;
- Veracidad y servicio.

Cada uno de esos hábitos buenos debe llevar a profesores y estudiantes a encontrar sus metas, objetivos y bien actuar.

Esa comunidad de personas, estudiantes y profesores en búsqueda de la verdad no puede

transformarse en un mero instrumento en manos del Estado y de las fuerzas económicas dominantes, con el propósito exclusivo de asegurar

2 Llano, Alejandro. Mons. Álvaro del Portillo y la Universidad. En Echevarría, Javier, López Moratalla, Natalia, Rodríguez, Pedro y Llano, Alejandro. *Homenaje a Monseñor Álvaro del Portillo*. Editorial Euns, Colección NT-Religión, Pamplona, 1995, p. 97.

la preparación técnica y profesional de especialistas y sin prestar a la formación educativa de la persona el lugar central que le corresponde.³

Platón en *La República* (libros 2, 3 y 7), al igual que Aristóteles en *La Política* (libros 7 y 8), fueron los que primero recomendaron lo que hoy sería un diseño curricular, que debería contener gramática, literatura, música y aritmética, para luego entrar en el análisis avanzado de las matemáticas y de la filosofía, cuyo objeto es la sabiduría.

Los antecedentes de la Universidad se encuentran en las escuelas de pensamiento de la Grecia clásica. Las dos más importantes, aparte de los círculos pitagóricos, son la Academia de Platón⁴, fundada a comienzos del siglo V a. C., y el Liceo de Aristóteles. En ellas yacía la búsqueda de la verdad, que, por encima de todo interés vital, utilitario o político, era la actividad que por sí misma las justificaba; ya que «la insustituible tarea y responsabilidad de la universidad es, pues, redescubrir y recordar continuamente esa relación del hombre con la verdad, relación en la que reposa su dignidad»⁵. Ese humanismo⁶ griego fue correlativo al surgimiento de la ciudad-Estado⁷, en cuyo desarrollo los aristócratas gozaron de un papel fundamental pues ocupaban su ocio —entendido como vida liberada de preocupación— en actividades humanizantes. De ahí textos como en que se encuentra en la *Política* de Aristóteles, donde se puede leer:

3 <http://www.cultura.va/content/cultura/es/archivo/documenti/culturauniversita.html>, recuperada el 19 de diciembre de 2021.

4 Quien hablaba de la búsqueda de la verdad en el Absoluto divino.

5 Sánchez-Migallón, Sergio. Presentación. En Guardini, Romano. *Tres escritos sobre la universidad*. Editorial Euns, Colección Astrolabio, Pamplona, 2012, p. 10.

6 El término «humanismo» fue introducido apenas en el siglo XIX, y más precisamente en 1808, cuando F. J. Nietthammer lo usó para definir su doctrina pedagógica, según la cual el reconocimiento de la herencia de la cultura antigua constituye la base insoslayable de la educación. Su significado fue modificado medio siglo después por G. Voigt, quien lo extendió a la cultura del Renacimiento que vivió Europa entre los siglos XIV y XVI. Esta anotación nos permite visualizar la lenta y paulatina gestión de los términos. Cfr. en. Piotrowski, Bogdan. *El Beato Josemaría Escrivá de Balaguer como precursor del nuevo humanismo*. Lección magistral pronunciada el 28 de enero de 2002 con motivo de la apertura del año académico de la Universidad de La Sabana, en: *Memoria año académico 2002*, p. 103.

7 «La Ciudad-Estado es una organización política y social unitaria de un territorio limitado que puede comprender una o varias ciudades. Por esto, un griego se considera ante todo un ciudadano». Cfr. en Albendea Pabón, José. *Manual de ideas políticas*. Ediciones Jurídicas Gustavo Ibáñez, Bogotá, 1999, p. 13.

en la ciudad mejor gobernada (...) los ciudadanos no deben llevar una vida de obrero ni mercader (porque tal género de vida carece de nobleza y es contrario a la virtud), ni tampoco deben ser labradores los que han de ser ciudadanos (porque tanto para que se origine la virtud como para las actividades políticas es indispensable el ocio).⁸

Debemos también, cuando hablamos de Universidad, pensar en Clemente de Alejandría y en Orígenes, en los Padres de Capadocia, en Basilio el Grande, en Gregorio de Nicea, Gregorio Nacianzeno y Juan de Damasco. Y es que la concepción misma del término «universidad»

conlleva un diálogo entre saberes que le permitan al hombre la construcción de un hábitat armónico, donde se respete y valore la dignidad de la persona. Toda institución de educación superior que ostenta el nombre de Universidad, para serlo, debe ofrecer y cultivar un nutrido conjunto de programas académicos de perfil humanístico, mientras desarrolla el resto de sus actividades esenciales a través de un vasto espectro de disciplinas y saberes que conservan un claro alien-to universal y ponen el acento en lo que, al hombre, en cuanto hombre, atañe.⁹

Sin desconocer la condición aristocrática del humanismo griego, el gobierno de los mejores, ello no significaba que fuese necesariamente una realidad socioeconómica, sino que más bien esa condición significaba el desarrollo de la virtud, del *areté*, sin la cual no se concebía el ser buen ciudadano griego, puesto que era sinónimo de ello el ser ciudadano humano, engendrado y educado para cumplir las normas y de ser ejemplo de lo que debe ser el humanismo como una causa que debe ser nuestra bandera hasta el final de nuestros días. Precisamente en alguna ocasión se le oyó decir a Jorge Luis Borges¹⁰: «¿no sabe usted que los humanistas solo defendemos causas perdidas?» A lo cual encontramos una respuesta de Alejandro Llano:

8 Marín, Higinio. Estudio Histórico Sistemático del Humanismo. *Cuadernos del Seminario Permanente Empresa y Humanismo* n.º 33, Universidad de Navarra, Pamplona, 1990, p. 21.

9 Ortega, Aureliano. Perspectivas de los posgrados en humanidades en las universidades estatales. En *Omnia*, edición especial año 20, 2004, pp. 161-166. Disponible en http://clacso-posgrados.net/documentos_aportes/34.pdf.

10 Chirinos, María Pía. Una propuesta humanista para una nueva educación, en: *Mercurio Peruano. Revista de Humanidades*. Universidad de Piura, n.º 523, 2010, p. 24.

las causas perdidas son las únicas que merece la pena defender. El ideal de la universidad parece ser hoy una de esas grandes causas perdidas. No son muchos, ciertamente, los que apuestan ahora por el cultivo desinteresado del saber, por la apertura a lo universal, por el valor en cierto modo absoluto de la persona humana, por la solidaridad en el descubrimiento de lo real, por el afán de servicio, por la generosidad como forma de vida. Quizá nunca fueron demasiados.¹¹

Las artes liberales (gramática, retórica y dialéctica) que se enseñaban en la Edad Media fueron el origen de las universidades, bajo el nombre de *trivium*; y se les agregó el llamado *quadrivium*, en el que se integraban la música, la aritmética, la geometría y la astronomía, que a comienzos del siglo IX fue impulsada por Carlomagno, en cuya época se dio origen a las *artibus liberalibus* —artes liberales—, ejercidas por los hombres libres, que en oposición a las artes serviles, propias de siervos o esclavos, estaban conformadas por el *trivium* (gramática, retórica y lógica o dialéctica)¹², que se complementaría con las cuatro disciplinas matemáticas del *quadrivium* (geometría, aritmética, astronomía y teoría musical)¹³; desde entonces, el estudio de las humanidades «integra un conjunto de saberes y estudios relativos al hombre como ser intelectual y creador»¹⁴.

Ya durante los siglos XVIII y XIX se desarrolló un fuerte conflicto entre quienes pensaban que la universidad debía dedicarse al cultivo de las llamadas «artes liberales» y quienes consideraban que las profesiones «útiles» con salida al mercado laboral debían ocupar el lugar principal del desarrollo del conocimiento secular.

Aunque la universidad se abrió gradualmente a la enseñanza de casi todas las profesiones, el estilo humanístico, intelectual y marcadamente celoso de la autonomía y la libertad académica frente a las presiones externas que caracterizó a la Universidad desde sus orígenes en la Edad Media siguió siendo fundamentalmente el mismo durante casi toda la

11 Ferrari, Aparecida. Veinticinco años después. En: Ortiz, José María, Del Portillo, Álvaro, Farri, Umberto, Capucci, Aldo, Ribera, Alberto, Palla, Pier Giovanni. *El mundo que viviremos*. Ediciones Rialp, Madrid, 1993, p. 109.

12 Se ha dicho que la gramática ayuda a hablar, la retórica a las figuras y la lógica al razonamiento.

13 Buscaba el *Quadrivium* el estudio de los números, los ángulos, los astros y los cantos, bajo la fórmula latina *numerat, ponderat, colit astra et canit*: «numera, pondera, cultiva los astros y canta».

14 Sesé Alegre, José María, Op. Cit., p. 16.

Edad Moderna: las antiguas universidades, concebidas como corporaciones en principio autónomas de estudiantes y profesores de todas las especialidades orientadas por la filosofía y las humanidades, se fueron transformando al «modelo humboldtiano» (en oposición al napoleónico), el cual implicaba la idea de que el objetivo de la universidad debía continuar siendo el de la búsqueda intelectual de la verdad, pero incorporando a esta todo el bagaje de las nuevas ciencias y profesiones; los estudiantes «debían concentrarse en los fundamentos teóricos de su disciplina, que se remitía a la totalidad de la ciencia» que era percibida como un «proceso abierto y dinámico».

No son pocos quienes creen que la universidad se ha convertido en una estructura básicamente obsoleta y costosa que debe reformarse de manera urgente. Ciertamente sobre esta cuestión hay una amplia gama de diagnósticos y propuestas. Estas varían también de acuerdo con la situación particular de los distintos países. Pero todas ellas, en general, coinciden en la crítica a una universidad que transmite o investiga un tipo de conocimiento demasiado abstracto y alejado de la realidad. Unos dicen que el saber clásico es una seña de tradicionalismo, mientras otros afirman que el saber científico es propiciar los hallazgos del futuro.

A veces, esa misma contradicción se da entre la tradición de las universidades europeas y la modernidad de las universidades norteamericanas; es cuestión de geografía, sobre la cual esas instituciones del hemisferio norte —europeas y americanas— están por encima de las del hemisferio sur —americanas y africanas—, donde supuestamente cierta idiosincrasia nos aleja del conocimiento, pues poco o nada, dicen ellos, tuvimos que ver con la Academia de Platón o con la Biblioteca de Alejandría, maravillas de la Antigüedad y referencias casi mitológicas. Algo similar se hacía en tiempos precolombinos, como lo recogía fray Bernardino de Sahagún sobre las «Casas del canto» en el México ilustrado de los Moctezumas; y como ocurrió en otros lugares como en nuestra Colombia, con los «Cucas» que más tarde, gracias a los dominicos, se transformarían en las «Escuelas para Indios Nobles»¹⁵, como la que tuvo en Tunja

15 En la ciudad de Tunja, bajo la regencia de fray Diego del Águila existió una escuela en el siglo XVI, donde, entre otros se educaron don Alonso de Silva, Cacique de Tibasosa y don Diego de Torres y Moyachoque, Cacique de Turmequé. Cfr. en: Olano García, Hernán Alejandro. *Dos Princesas Byzantinas en la Corte de Aquimenzaque. Estudio sobre la nobiliaria colombiana*. Editorial Berkana Hispanoamericana y Ediciones Doctrina y Ley, Bogotá, 2003, p. 24.

don Diego del Águila y en la que se educaron los caciques Alonso de Silva, de Tibasosa, y Diego de Torres y Moyachoque, de Turmequé.

Igualmente, en ocasiones, la necesaria especialidad del lenguaje universitario se confunde con un lenguaje opaco, arcaico y encorsetado en formulismos que dificultan la comprensión; en una serie de tecnicismos que nos desvían de «hoja de vida» a CvLac; de «grupo de investigación» a «GrupLac»; de «programa de la asignatura» o de «espacio académico» a «*syllabus*»; de «contenidos» a «currículo»; etc., contenidos en una enorme variedad de textos, ya sean documentos escritos o manifestaciones orales.

La nostalgia intelectual de la formación lingüística, desplazada por el obligatorio bilingüismo que nos hace conocer poco otro idioma y olvidarnos del propio, está ausente en muchos de los actuales programas universitarios. La formación y los conocimientos en los correspondientes planes de estudio, generalmente se incluyen como materias optativas, o bien como una parte del programa de determinadas asignaturas troncales u obligatorias.

Actualmente, el nuevo modelo universitario que impulsa el Espacio Europeo de Educación Superior (EEES), además de la tradicional adquisición de conocimientos, abre los planes de estudio a la adquisición de habilidades y competencias por parte de los estudiantes. Por tanto, en la actualidad se ha considerado apropiado incorporar en los planes de estudios materias sobre el buen uso del lenguaje que enseñen a construir discursos escritos y orales claros, así como a adaptar el uso del lenguaje al del destinatario.

Según Methol Ferré, «en nuestro pasado de latinoamericanos, las Universidades eran islas en el mar de una sociedad agraria; ahora son puntos neurálgicos en una sociedad del conocimiento». Ellas lo lograron igualmente con el aliento del Claustro Salmantino, lleno de ritos tradicionales y de fórmulas religiosas y en latín que están presentes en sus ceremonias y se asocian al arquetipo clásico universitario de instituciones americanas como la primera universidad erigida por los españoles en el Nuevo Mundo. Esta fue la de Santo Tomás en Santo Domingo, en la isla de La Española el 28 de octubre de 1538, mediante bula *In Apostulatus culmine* de Paulo III que le reconoció los mismos privilegios

de Alcalá y Salamanca, los cuales eran similares a los que aparecen en el siglo XVIII en la Carta de *Rhode Island* de 1764: «The same privileges, dignities and immunities enjoyed by the American colleges an European universities».

Regresando a la historia, la Universidad occidental no fue el único lugar donde se reunían personas para compartir el conocimiento. En las raíces de la civilización universitaria, o de lo que Walter Rüegg considera «la institución europea por excelencia», antes de Bolonia, Oxford y París, está la Universidad de Al Qarawiyyin (también conocida como Al-Karaouine o Al-Quaraouiyine), fundada en 859, que es considerada por la Unesco y el *Libro Guinness de los Récords* como la más antigua del mundo que sigue en funcionamiento. A principios y hasta mediados del siglo IX, cuando Fez comenzaba a surgir como una metrópoli bulliciosa, Fátima al-Fihri, una emigrante de Kairuán (también Qayrawán), en la actual Túnez, se estableció en la ciudad marroquí junto a su familia que había sido exiliada. Tras la muerte de su padre, Fátima y su hermana Mariam decidieron usar la herencia para devolver a la comunidad la cálida bienvenida que recibieron. Por eso crearon la Mezquita y la Universidad Al Qarawiyyin, en honor a su ciudad natal. Así surgió la primera universidad, 228 años antes que la de Bolonia de 1088. Cabe indicar, igualmente, que la Universidad de Al-Azhar nació en el Cairo en el año 975.

Por lo anterior, los eruditos británicos en materia de islamismo sostienen claramente que las instituciones islámicas del saber fueron pioneras en cuanto a organizar a los estudiantes extranjeros por naciones, y también dieron origen a las ideas de validez universal de la cualificación para la enseñanza.

No quisiera poner a competir al cristianismo con el islam o, incluso, con el budismo en el acta fundacional de las universidades, pues cada ideología intelectual reivindica sus propias tradiciones, y dentro de ellas la de la transmisión del conocimiento. Pero, sin duda, el humanismo del siglo XVI ha sido señal característica de nuestro tipo de universidades y no puede desterrarse de ellas.

Volviendo al continente, la última universidad española fundada fue la de León de Nicaragua, creada por decreto de las Cortes de Cádiz el

10 de enero de 1812. Entre ambas fechas sumaron 32 las fundaciones universitarias, si bien algunas como la de La Plata o Charcas (Bolivia), la de Mérida (Yucatán, México) y la de Buenos Aires (Argentina) solo existieron *de jure*, pues no llegaron a funcionar plenamente antes de la conclusión del periodo colonial. Una de ellas, la de Oaxaca (México), se quedó en trámites y varias se extinguieron antes que finalizara el régimen colonial, entre ellas algunas establecidas por la Compañía de Jesús.

La mayoría de las universidades coloniales fueron a la vez pontificias y reales. Las creadas por las órdenes religiosas, autorizadas para otorgar grados por el papa, gozaron de este carácter en virtud del privilegio general conferido a la orden. En muchos casos, la bula pontificia precedió a la real cédula, especialmente en el caso de universidades fundadas por iniciativa de las órdenes religiosas. Algunas universidades de carácter real adquirieron después los privilegios pontificios. Así sucedió con las universidades de San Marcos de Lima y México (1551), San Carlos de Guatemala (1676), San Cristóbal de Huamanga y Charcas.

Donde mejor puede observarse el proceso de «americanización» es en la Universidad de San Carlos de Guatemala (1676), en la que también tuvo lugar, un siglo después, la reforma universitaria más profundamente inspirada por el espíritu de la Ilustración.

Ahora bien, durante el desarrollo de la Real Expedición Botánica, el médico y sacerdote José Celestino Mutis propuso la creación de las cátedras de matemáticas, medicina y química, así como la reforma de los planes de estudios de formación universitaria con la creación del *Studium Generalis Bogotanensis* y la creación de las Sociedades Económicas de Amigos del País, que buscaban, a través de la educación y la enseñanza técnica, fomentar la industria, los oficios, el comercio y la agricultura del país. Pero también, forja de la generación que preparó nuestra independencia, quienes tuvieron la *funesta manía de pensar*, expresión creada en la Universidad de Cervera por los publicistas Dou y Bassols con el propósito de halagar a Fernando VII y demeritar el movimiento americano.

El primer cuestionamiento serio de la Universidad latinoamericana tradicional, conocido como la Reforma o Grito de Córdoba, surgió un siglo más tarde, en 1918. La clase media emergente fue la protagonista

del Movimiento, en su afán de lograr la apertura de la Universidad, hasta entonces controlada por la vieja oligarquía y por el clero.

El movimiento originado en Córdoba logró muy pronto propagarse a lo largo y lo ancho de América Latina, con lo que demostró que constituía una respuesta a necesidades y circunstancias similares, experimentadas en toda la región.

El Grito de Córdoba (Argentina) se produjo cuando la juventud a de esa ciudad expresó ante los hombres libres de Suramérica que «las universidades han sido hasta aquí el refugio secular de los mediocres» y, además, porque estaban —y aún siguen estando— «sometidas a la anacrónica vigencia de un sistema educativo heredado de la colonia, que las convierte en fortines burocráticos y clientelistas, y que hace de la simulación fundamento pedagógico para que reine «la plácida ignorancia». Otras serían las consecuencias de movimientos estudiantiles como el Mayo del 68 en París, las manifestaciones de la Plaza de Tiananmén, etc.

No puedo dejar de lado los primeros pasos de un movimiento estudiantil en Colombia: durante la administración de Miguel Abadía Méndez cayó, el 7 de junio de 1929, el estudiante de Derecho Gonzalo Bravo Pérez, quien cursaba su carrera en la Universidad Nacional, por la acción violenta de las tropas de policía comandadas por el general Cortés Vargas. El homenaje a Bravo Pérez fue tan grande que la ciudadanía bogotana, casi en pleno, acompañó su cadáver hasta la Asociación Nacional de Estudiantes, donde permaneció en capilla ardiente.

Siendo presidente el teniente general, jefe supremo, Gustavo Rojas Pinilla, varios estudiantes universitarios, entre ellos Uriel Gutiérrez Restrepo, Álvaro Gutiérrez Góngora «el pollo», Hernando Ospina López, Jaime Pacheco Mora, Hugo León Velásquez, Hernando Morales, Elmo Gómez Lucich, Jaime Moore Ramírez, Carlos J. Grisales y Rafael Chávez Matallana (de 15 años, estudiante del Colegio Virrey Solís), fueron asesinados el 8 de junio de 1954 por la fuerza pública en el centro de Bogotá.

¿Cuál ha de ser el modelo universitario del futuro? Monseñor Pedro Rodríguez Casciaro señala que «La universidad es la gran institución de la cultura y, como entidad, algo ordenado por su propia

naturaleza a la transmisión del saber y a la formación de su gente en el terreno profesional y científico»¹⁶. Por eso, el 22 septiembre 2013, el Santo Padre Francisco se encontró con el mundo de la cultura en la Facultad teológica regional de Cagliari y allí manifestó que «la Universidad, es el punto de encuentro entre quien cree y quien no cree, en un esfuerzo en el que la fe puede dar su propia contribución, sin reducir jamás el espacio de la razón».

Pero también a la universidad¹⁷ y al universitario, en cuanto intelectual,

le compete el ejercicio de la sabiduría (*sofia*) y no sólo de las ciencias especializadas y sectoriales (*episteme*); una sabiduría a la que corresponde una universalidad propia de la *Universitas*, que no deriva de la mera yuxtaposición de resultados sectoriales ni de un enciclopedismo erudito, sino del esfuerzo por encaminarse hacia una intelección de la dimensión esencial de los temas y, en cuanto radical, de carácter integral, fundamentado y resolutivo.¹⁸

Debe señalarse que el universitario hace su contribución para la construcción de la sociedad y de la democracia; sin embargo,

se están produciendo cambios drásticos en aquello que las sociedades democráticas enseñan a sus jóvenes, pero se trata de cambios que aún no se sometieron a un análisis profundo. Sedientos de dinero, los estados nacionales y sus sistemas de educación están descartando sin advertirlo ciertas aptitudes que son necesarias para mantener viva la democracia.¹⁹

16 Rodríguez, Pedro. *Fe y vida de fe*. Eunsá. Colección Astrolabio, serie Religión, Pamplona, 2013, pp. 175-176.

17 La universidad, en su mismo origen, es una de las expresiones más significativas de la solicitud pastoral de la Iglesia Congregación para la Educación Católica, el Consejo Pontificio para los Laicos y el Consejo Pontificio de la Cultura. *Presencia de la Iglesia en la Universidad y en la Cultura Universitaria*. Ciudad del Vaticano, 22 de mayo de 1994, en: <http://www.cultura.va/content/cultura/es/archivo/documenti/culturauniversita.html>, recuperada el 19 de diciembre de 2013.

18 Romerá, Luis. *La razón responsable y la Universidad*. El lugar de la teología, en: Romerá, Luis, Rodríguez DUPLÁ, Leonardo y López Goñi, Ignacio. *La fe en la universidad*. Instituto de Antropología y Ética. Grupo de Investigación «Ciencia, Razón y Fe», Universidad de Navarra, Pamplona, 2013, p. 34.

19 Nussbaum, Martha C. *Por qué la democracia necesita de las humanidades*, en: *Sin fines de lucro*. Traducción de María Victoria Rodill. Katz Editores, Madrid, 2010, p. 20.

Esa crisis hará que se sigan produciendo generaciones enteras de «máquinas utilitarias»²⁰, debido a la erradicación de las humanidades de todo el proceso formativo, por concebirlas como «ornamentos inútiles»²¹, o al ser consideradas como elementos que no son rentables en el ambiente competitivo y que no generan beneficio económico y eso ha hecho que parezcamos «olvidarnos del alma, de lo que significa que el pensamiento se desprenda del alma y conecte a la persona con el mundo de manera delicada, rica y compleja»²², que incluso lleven a la capacidad de desarrollar un «pensamiento crítico y los desafíos a la imaginación, así como con la comprensión empática de una variedad de experiencias humanas y de la complejidad que caracteriza a nuestro mundo»²³.

Hay que agregar que, al decir de Séneca,

nonscholae, sed vitae discimus [no estudiamos para la escuela, sino para la vida].

La anterior cita significa que no podemos formar profesionales solo para la ciudadanía, ni para el trabajo, sino para darle sentido a nuestra vida. «La Academia es modeladora de cultura» y, la Universidad, *Alma Mater Studiourum*²⁴ es, entonces, el «lugar o ámbito donde están presentes y son enseñadas la totalidad de las ciencias»²⁵, y allí se «alumbran los procesos culturales», lo cual adiciona lo dicho sobre ese particular por Benedicto XVI a los jóvenes profesores universitarios españoles el 19 de agosto de 2011²⁶, así como por la explicación de que la universidad «Ha de procurar también una educación más general, dirigida a que el estudiante adquiera aquellas **convicciones y actitudes** (el subrayado es mío) que le han de servir para orientar su conducta individual y social».

20 *Ibíd.*, p. 20.

21 *Ibíd.*, p. 20.

22 Nussbaum, Martha C., *Ibíd.*, p. 24.

23 *Ibíd.*, p. 26.

24 También se habla de *Universitas Studiourum*, de *Universitas Magistrarum et Alumnorum* y de *Universitas Magistrarum et Scholarium*.

25 Illanes, José Luis. *Op. Cit.*, p. 13.

26 Benedicto XVI. Discurso en el encuentro con los jóvenes profesores universitarios en El Escorial, 19 de agosto de 2011.

27 González, Ana Martha. *El modelo del Instituto de Cultura y Sociedad (ICS)*. Conferencia el 9 de octubre de 2013 en el IV Encuentro de la Red Transversal de Humanidades, Pamplona, 2013, p. 8.

Esas convicciones y actitudes, «síntesis creativa de naturaleza y espíritu»²⁷, deben estar bien fundamentadas «ante el desafío de ampliar los horizontes de la razón, superando los reduccionismos y relativismos presentes en nuestra época»²⁸ y, buscando formar no solo «científicos técnicamente competentes, sino hombres y mujeres sabios»²⁹.

En *Un mundo que se acaba*, Miguel Delibes expresa que «las humanidades sufren cada día una nueva humillación». Ante tal afirmación, Alejandro Llano comenta que «No sé si las humanidades pueden, en sí mismas, ser humilladas. Pero, desde luego, lo son quienes intentan que no desaparezcan totalmente del panorama educativo».³⁰ Precisamente, William Ospina recalca sobre el particular que:

Todavía hoy, cuando se plantea el tema de la educación, los tecnócratas suelen pensar que la solución no es adelantar una gran renovación de la filosofía que la orienta y de su estrategia a largo plazo, sino diseñar métodos rápidos de adiestramiento para formar operarios presurosos y técnicos con destrezas básicas. Nunca ven a los posibles aprendices como seres de alta dignidad y de hondo sentido humano, sino como accidentes demográficos a los que hay que adiestrar en lo mínimo. Olvidan que, hasta el más pobre operario, sin una formación dignificante como ciudadano y como ser humano, puede ser más peligroso que las hordas de Tamerlán. Olvidan que no invertir en educación equivale automáticamente a invertir en ignorancia, en fanatismo, en resentimiento y en desigualdad social, y que las víctimas de esa pedagogía negligente no solo son las gentes humildes, sino toda la sociedad, incluidos los más poderosos y mejor educados.³¹

Ana Martha González asegura que

nos enfrentamos a un panorama marcado por la fragmentación de los saberes y la depresión y desprestigio social de las humanidades, constituye una audacia notable. Es posible que los propios humanistas

28 Romera, Luis. Op. Cit., p. 53.

29 González, Ana Martha. Op. Cit., p. 5.

30 Llano, Alejandro. *Segunda Navegación. Memorias 2*. Ediciones Encuentro, Madrid, 2010, p. 321.

31 Ospina, William. *Colombia, donde el verde es de todos los colores*. Random House Mondadori, Bogotá, 2013, p. 49.

hayamos propiciado en parte ese desprestigio, que no hayamos sabido hacer valer, como debíamos, el ideal de formación que decimos defender; que incluso hayamos contribuido a degradarlo. Aun entonces, sigue siendo cierto que nuestro quehacer universitario, de profesores e investigadores, no puede legitimarse socialmente de otro modo más que a la luz de un ideal de formación integral, que sirva de manera efectiva no ya a la humanidad en general sino a los hombres y mujeres concretos que pasan por nuestras manos; un ideal que nosotros mismos deberíamos encarnar en primer término.³²

Aunque, ante esta realidad, que también puede ser un complejo de pesimismo e inferioridad cultivado por algunos humanistas, hay que recordar que:

Quizá la Ciencia haya sido el padre de las Universidades, pero las Humanidades fueron su madre, y mientras el padre se pavoneaba pensando que mandaba en casa, con todo el dinero que ganaba y los laureles que cosechaba, la madre formó a su hija y salió como ella: niña. Caprichosa, sí, pero lista y profunda, sensible y bella, intuitiva y trabajadora, inteligente y libre, imaginativa: poeta. Así son las Universidades, así son las Humanidades.³³

¿Entonces, cómo se hace el hombre verdaderamente humano?, ¿verdaderamente humanista? Probablemente en la formación de la personalidad a través de las asignaturas que sirven para ello, apoyadas por el humanismo cristiano y clásico. El concepto «humanidades» apareció en los *studia humanitatis a litterarum* de Cicerón como aquellos saberes que un hombre libre debía cultivar; por tanto, el papel de las humanidades al interior de las universidades debe ser la de adiestrar la inteligencia y perfeccionarla para saber actuar bien y con honestidad.

Y, es que la expresión humanidades se desprende del latín *humanitas*, la cual

significó un cierto sistema de comportamientos humanos considerados ejemplares entre los hombres grecolatinos de la época helenística.

32 González, Ana Martha. Op. Cit., p. 6.

33 Sesé Alegre, José María. *Las Humanidades en la Universidad del Tercer Milenio*. Universidad de Piura, Colección Algarrobo n.º 44, Piura, 2002, p. 18.

Los árabes, cristianos y judíos de la Edad Media, por extraño que parezca, dirigieron su mirada hacia esa ejemplaridad de la antigua cultura griega y romana. La Edad Media, por una de sus caras, vino a ser un movimiento de absorción de la obra cultural de los antiguos griegos y romanos: la obra literaria, filosófica y científica.³⁴

Más adelante, José Ortega y Gasset entendió por humanidades «los hechos específicamente humanos y las ciencias que los estudian». Es decir, en la Universidad, cuya etimología viene de la universalidad, el estudio del humanismo, sin abandonar esa raíz clásica, debe ser complementado con la sabiduría de inspiración o de *entraña* cristiana que identifica a un buen número de universidades y que se refiere a «los rasgos específicos que han de informar la vida, actividad y fines de tales entidades».³⁵

Umberto Farri³⁶, en 1992, decía que Universidad —*Universitas studiorum* o *Universitas scientiarum*—, habla de universalidad:

la ambición del saber unitario, pero también la de ser conciencia crítica de una sociedad de iguales —con las legítimas y debidas diversidades—, sin discriminación de ningún tipo. Podrían parecer unas instancias modernas, pero son en realidad antiguas, presentes ya en la época en que la universidad nació y se desarrolló.

Sin embargo, tampoco podemos desconocer los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS); estos fijan una agenda al año 2030 con una lista de propósitos, entre los cuales la labor de las universidades también es fundamental,

que puede involucrarse desde la docencia (transmitiendo conocimiento sobre los objetivos y las acciones), la investigación (aportando

34 Murillo Murillo, Ildefonso. *Ciencia, persona y fe cristiana*. Editorial de la Universidad Pontificia Bolivariana, Medellín, 2009, p. 44.

35 Universidad de la Sabana. *¿Qué es la identidad cristiana? Reflexiones preliminares*. Documento de trabajo, pp. 2-3.

36 Farri, Umberto. *Perspectivas y objetos de la cooperación universitaria*. En Ortiz, José María, Del Portillo, Álvaro, Farri, Umberto, Capucci, Aldo, Ribera, Alberto, Palla, Pier Giovanni. *El mundo que viviremos. 25 años de los congresos UNIV*. Ediciones Rialp, Madrid, 1993, pp. 56-57.

soluciones), la innovación (tecnológica y social) y el compromiso público (participación en los debates y movilización solidaria).³⁷

Debemos aclarar que cada universidad tiene un rumbo de acuerdo con su forma jurídica³⁸; cada una es tributaria de su contexto histórico, cultural, social, económico y político³⁹. Por lo tanto, una universidad⁴⁰ se define como

37 Rivero Ortega, Ricardo. *La visión del mundo académico de los ODS*. Revista Pensamiento Iberoamericano # 6, 2018.

38 Hay tres tipos de universidades:

Las universidades eclesíásticas, erigidas o aprobadas por la jerarquía de la Iglesia, en las que se cursan materias eclesíásticas, como la Teología y el Derecho Canónico, y que incluyen la formación de los sacerdotes y de los candidatos al sacerdocio como parte fundamental de su misión;

Las universidades católicas, que también son erigidas o aprobadas por la jerarquía de la Iglesia, en las que además se estudian otras ciencias no eclesíásticas. Esas universidades son promovidas por instituciones católicas o por fieles laicos, que solicitan la aprobación de la autoridad eclesíástica competente. Con la debida autorización, la condición de universidad católica queda establecida en el nombre, en los estatutos, o a través de un compromiso jurídico formal.

Las universidades cuyo ideario es igualmente católico, pero que están constituidas sin «los elementos formales propios del concepto canónico de universidad católica». Es decir, que no dependen de la jerarquía eclesíástica, ni tienen la condición oficial ni la denominación de «católicas». A estas universidades aplicaremos la expresión *universidades de inspiración cristiana*.

Vid. Mora, Juan Manuel. *Universidades de inspiración cristiana: identidad, cultura, comunicación*. En *Romana, Boletín de la Prelatura del Opus Dei*, año XXVIII, n.º 54, enero – junio de 2012, pp. 195-196.

Vale la pena anotar también que existen indicaciones importantes para promover el papel específico de la Universidad católica fueron dadas por la Constitución Apostólica *Ex Corde Ecclesiae*, publicada el 15 de agosto de 1990. Esta señala que la identidad institucional de la Universidad católica depende de la realización conjunta de sus características en cuanto «universidad» y en cuanto «católica». No alcanza su plena configuración sino cuando logra dar un testimonio serio y riguroso como miembro de la comunidad internacional del saber y, al mismo tiempo, expresar, en explícita vinculación con la Iglesia, a nivel local y universal, su propia identidad católica, que conforma de modo concreto la vida, los servicios y los programas de la comunidad universitaria. Así la Universidad católica, por su misma existencia, consigue el objetivo de garantizar bajo una forma institucional una presencia cristiana en el mundo universitario. De lo cual se deduce su misión específica, caracterizada por múltiples aspectos inseparables.

La Universidad católica, para cumplir su función ante la Iglesia y ante la sociedad, tiene la tarea de estudiar los graves problemas contemporáneos y de elaborar proyectos de solución que concreten los valores religiosos y éticos propios de una visión cristiana del hombre. Ver: <http://www.cultura.va/content/cultura/es/archivio/documenti/culturauniversita.html>, recuperada el 19 de diciembre de 2021.

39 <http://www.cultura.va/content/cultura/es/archivio/documenti/culturauniversita.html>, recuperada el 19 de diciembre de 2021.

40 En ocasiones también se habla sobre las universidades de un modelo anglosajón, centrado en el ideal de la formación del *gentleman* o del ciudadano; de un modelo

un proyecto educativo abierto, inclusivo, con bases antropológicas y culturales que personas de diferentes religiones pueden compartir, realizando con su trabajo una valiosa aportación al proyecto educativo. Esas personas han de expresar respeto y compromiso con la labor de formación que se realiza en el centro. A la vez, la universidad se compromete a respetar la libertad religiosa de todos sus miembros: también quienes profesan otras creencias han de experimentar ese espíritu de libertad.⁴¹

En numerosos países y en muchas regiones conocidas, las universidades únicamente se han limitado a comunicar conocimientos científicos y técnicos —incluso de alta calidad—, pero sin ponerlos en relación con los grandes temas humanos: la existencia de Dios, el sentido de la vida humana desde su concepción hasta la muerte natural, la espiritualidad del alma, etc., que desconocen la esencia de la formación humanística. Y es que «las humanidades otorgan además la capacidad de diálogo, de reflexión en conjunto, de aprender de los demás»⁴², pero, igualmente, «las Humanidades van también contra la pueblerización o el excesivo localismo, porque todo saber es por sí mismo universal»⁴³.

Cada uno de esos hábitos debe llevar no solo a los estudiantes, sino también a los profesores, a encontrar sus metas y objetivos en la Universidad, «la casa donde se busca la verdad propia de la persona humana». Así lo ratificó Benedicto XVI⁴⁴ ante los profesores reunidos en El Escorial, porque «el universitario, todo universitario, debe ser un enamorado de la verdad»⁴⁵ y es también la Universidad⁴⁶ ese

francés, que pone el acento en la promoción de la vida intelectual, en la creación de inquietudes y la difusión de las ideas; de un modelo alemán, que aspira a constituir una comunidad de investigadores que realizan su labor en conexión los unos con los otros. Esas diversas caracterizaciones, más o menos exactas, presuponen, como sustrato esencial, la referencia al saber, al conocimiento, al desarrollo de una actitud abierta a lo real, a la búsqueda positiva y esforzada de la verdad. Sin ello no hay vida universitaria. Cfr.: Illanes, José Luis. Op. Cit., p. 13.

41 Mora, Juan Manuel. Universidades de inspiración cristiana: identidad, cultura, comunicación, Art. Cit., p. 203.

42 Sesé Alegre, José María. Op. Cit., pp. 30 - 31.

43 Sesé Alegre, José María. Op. Cit., pp. 31 - 32.

44 Benedicto XVI. Discurso en el encuentro con los jóvenes profesores universitarios en El Escorial, 19 de agosto de 2011.

45 Illanes, José Luis. Op. Cit., p. 15.

46 Cabe indicar, que el 13 de febrero de 2014, el Santo Padre Francisco, ha expresado a los participantes en la plenaria de la Congregación para la Educación Católica (de los

lugar para lograr lo que decía Juan Pablo II⁴⁷: una síntesis entre cultura y fe⁴⁸.

Sesé Alegre lo pone en palabras más claras:

El día que un profesor de Humanidades deje de sentir ese nudo en el estómago al comenzar una nueva clase, esa emoción apenas

Institutos de Estudios) que «La educación católica es uno de los retos más importantes para la Iglesia, comprometida hoy en realizar la nueva evangelización en un contexto histórico y cultural en constante transformación».

Francisco ha propuesto al examen de los participantes tres aspectos: el valor del diálogo en la educación, la preparación calificada de los formadores y la responsabilidad de las instituciones educativas.

«Efectivamente [ha dicho refiriéndose al primer punto], las escuelas y universidades católicas son frecuentadas por muchos estudiantes no cristianos e incluso no creyentes. Las instituciones católicas ofrecen a todos una propuesta educativa que tiene como objetivo el desarrollo integral de la persona, que responde al derecho de todo ser humano a tener acceso al saber y al conocimiento. Pero, están igualmente llamadas a ofrecer a todos, con pleno respeto a la libertad de cada individuo y de los métodos propios del entorno escolar, la propuesta cristiana, es decir Jesucristo como sentido de la vida, del universo y de la historia. Jesús comenzó a predicar la buena nueva en la «Galilea de los gentiles», una encrucijada de personas de diferente raza, cultura y religión. Ese contexto es similar en algunos aspectos al mundo de hoy. Los profundos cambios que han llevado a la difusión, cada vez más amplia, de sociedades multiculturales, exigen a cuantos trabajan en la escuela y en la universidad que se involucren en itinerarios educativos de intercambio y diálogo, con una fidelidad valiente e innovadora que sepa favorecer el encuentro de la identidad católica con las diferentes «almas» de la sociedad multicultural».

Hablando del segundo aspecto, el Papa ha señalado que, durante su encuentro con los Superiores Generales, subrayó que la educación en nuestros días «está dirigida a una generación que cambia, y que, por tanto, todo educador —y toda la Iglesia que es madre educadora— están llamados a «cambiar» en el sentido de ser capaces de comunicar con los jóvenes que tienen enfrente... La educación es un acto de amor, es dar vida... El educador en las escuelas católicas debe primero ser muy competente y calificado, y, al mismo tiempo, lleno de humanidad, capaz de estar entre los jóvenes con estilo pedagógico para promover su crecimiento humano y espiritual. Los jóvenes necesitan educación de calidad y de igual modo valores, no solo enunciados, sino atestiguados. La coherencia es un factor indispensable en la educación de los jóvenes».

Por cuanto respecta a la responsabilidad de las instituciones educativas de «expresar una presencia viva del Evangelio en el campo de la educación, la ciencia y la cultura», Francisco ha reiterado la necesidad de que las instituciones académicas católicas «no se aíslen del mundo, sino que sepan entrar con valentía en el Areópago de las culturas actuales y entablar diálogo, conscientes del don que tienen que ofrecer a todos». Véase Vatican Information Services, 140213.

47 Juan Pablo II. Discurso en la Universidad Complutense de Madrid, 3 de marzo de 1982.

48 «La síntesis entre cultura y fe no es sólo una exigencia de la cultura, sino también de la fe... Una fe que no se hace cultura es una fe que no es plenamente acogida, enteramente pensada o fielmente vivida». Juan Pablo II, Carta autógrafa instituyendo el Consejo Pontificio de la Cultura, 20 de mayo 1982. En AAS, t. 74, 1983, pp. 683-688.

disimulada al encontrarse con un grupo de alumnos al inicio de un curso, el día que deje de leer un libro pensando como lo enseñará a sus alumnos, el día que deje de emocionarse cuando un estudiante, en la cuarta fila, comience a entender y apunte lo realmente importante, ese día se habrá convertido en un burócrata, en un anti-universitario, por muy Decano que sea.⁴⁹

Uno de los grandes académicos de la lengua, el 6 de octubre de 1989, —me refiero al doctor David Mejía Velilla⁵⁰— expresó que

volver a las Humanidades es volver a vivir, con esa verdadera vida, la única a la postre en este mundo, y la que constituye una preparación magnífica para la del otro mundo: la vida intelectual». La literatura es abundante en demostrar que no solo no sobran las humanidades, sino que, claramente, faltan.

A lo cual agregó posteriormente, en 1998: «pensemos que, también en otros géneros, el pensamiento (...) se ha empobrecido sobremedida, o no ha avanzado, lo cual es otra manera de empobrecerse, en campos filosóficos, literarios, éticos y aún teológicos y jurídicos»⁵¹.

Así entonces,

el hecho de que la sociedad parezca requerir de la academia jóvenes preparados en técnicas industriales y sociales, no quiere decir que sea conveniente para la propia sociedad que se prescindiera de los saberes científicos y humanísticos que están en la base de esas mismas técnicas y, por tanto, que los nuevos profesionales que se integran en las tareas económicas y sociales lleguen a ellas desprovistos de esa potenciación de sus hábitos personales a la que llamamos cultura.⁵²

Se preguntaba el profesor Sesé Alegre: «¿Y por qué las Humanidades deben ser las protagonistas de este siglo que comienza?» Y se

49 Sesé Alegre, José María. Op. Cit., p. 35.

50 Mejía Velilla, David. *Sobre la enseñanza de las Humanidades*. Universidad de La Sabana, Bogotá, D.C., 1990.

51 Mejía Velilla, David. Crisis y porvenir de las humanidades en la universidad actual. En *Pensamiento y Cultura* n.º 1. Universidad de La Sabana, Bogotá, 1998, p. 20.

52 Llano, Alejandro. *Segunda Navegación. Memorias 2*. Op. Cit., pp. 409- 410.

contestó: «porque las Humanidades adiestran la inteligencia, disciplinan la voluntad, inspiran el amor al bien y la belleza, educan la sensibilidad, sustentan el respeto por los demás y por uno mismo, facilitan la vida interior y la unidad»⁵³.

Como afirma Llano, «la enseñanza es un proceso de comunicación personal que no admite recetas universalmente válidas»⁵⁴. Sin embargo, la crisis en la enseñanza de las Humanidades ha afectado, por lo menos, a la formación de dos generaciones de colombianos. Aunque el Decreto-Ley 80 de 1980⁵⁵ se pronunció acerca del estudio de estas en los programas de pregrado, la desaparición de asignaturas como la historia o la geografía de los currículos de primaria y bachillerato desde esa misma década del siglo anterior —por recomendación de una misión de «expertos»— hizo que se vieran afectadas las personas en su preparación mínima y en el desconocimiento de la historia como «elemento decisivo para la identidad de la nación en su dimensión temporal»⁵⁶, así como de los demás elementos esenciales de la cultura. Este último término, «en el sentido que tradicionalmente se ha dado a este vocablo, está en nuestros días a punto de desaparecer»⁵⁷ debido a que la actual cultura global, o cultura de masas, lo único que busca —y en lo que centra su intención— es «divertir y dar placer, posibilitar una evasión fácil y accesible para todos, sin necesidad de formación alguna, sin referentes culturales concretos y eruditos»⁵⁸.

Algo muy desafortunado, que debemos combatir con el estudio serio de las humanidades, es que, por la presión de la cultura dominante, erróneamente se «privilegia el ingenio sobre la inteligencia, las imágenes sobre las ideas, el humor sobre la gravedad, la banalidad sobre lo profundo y lo frívolo sobre lo serio»⁵⁹. Así lo señala el marqués de Vargas, Premio Nobel de Literatura, pues ante la afirmación «cada nación vive

53 Sesé Alegre, José María, Op. Cit., p. 16.

54 Llano, Alejandro. *Segunda Navegación. Memorias 2*. Op. Cit., p. 418.

55 Presidencia de la República de Colombia. Decreto – Ley 80 de 1980 (22 de enero).

56 Juan Pablo II. *Memoria e Identidad*. Traducción de Bogdan Piotrowski. Editorial Planeta, Bogotá, D.C., 2005, p. 96.

57 Vargas Llosa, Mario. *Metamorfosis de una palabra*, en: *La civilización del espectáculo*. Alfaguara, Bogotá, D.C., 2012, p. 15.

58 Vargas Llosa, Mario. Op. Cit., p. 27.

59 Vargas Llosa, Mario. I: *La civilización del espectáculo*, en: *La civilización del espectáculo*. Alfaguara, Bogotá, D.C., 2012, p. 47.

de las obras de su propia cultura»⁶⁰. La pregunta que nos queda por hacer es: ¿en qué medida estamos siendo vía o medio para impartir, instruir y compartir una cultura cristiana desde la Universidad?

En gran medida, la respuesta la encontramos en lo dicho por el psiquiatra español Enrique Rojas: «el hombre *light* empezará a dejar de serlo cuando cultive en su interior la sabiduría clásica, el significado del mundo romano, el amor por las tradiciones y la vuelta al pensamiento cristiano»⁶¹. Pero

No basta el deseo de querer trabajar por el bien común; el camino, para que este deseo sea eficaz, es formar hombres y mujeres capaces de conseguir una buena preparación, y capaces de dar a los demás el fruto de esa plenitud que han alcanzado.⁶²

Plenitud en la que las ciencias humanas o del espíritu (*Geisteswissenschaften*)⁶³ cobran especial importancia en la universidad como empresa común, «como tarea hecha por todos, como tarea que todos deben sentir como propia, ante la cual nadie puede adoptar una actitud meramente pasiva, de mero receptor, sino que reclama de todos y de cada uno responsabilidad, participación, compromiso».⁶⁴

Hace casi un siglo, en 1930, José Ortega y Gasset publicó su «Misión de la Universidad» y, un siglo después, sigue vigente su pensamiento acerca de los cometidos esenciales de la educación superior: incluye como dos funciones clásicas e indisolubles la investigación y la formación profesional, con lo que se enfatiza en la necesidad conjunta de la transmisión de la cultura. Para el filósofo español, formar profesionales cultos era lo prioritario, aun cuando la mayoría de los universitarios no se comporten de ese modo.

60 Juan Pablo II. *Memoria e Identidad*. Op. Cit., p. 106.

61 Rojas, Enrique. *El hombre light. Una vida sin valores*. Procodes, Bogotá, D.C., 2012, p. 151.

62 Escrivá de Balaguer, San Josemaría. *La universidad al servicio de la sociedad actual*. Palabras en el Campus de la Universidad de Navarra en 1967, en: *Conversaciones*, punto 73.

63 González, Ana Martha. Op. Cit., p. 7.

64 Illanes, José Luis. Op. Cit., pp. 19 - 20.

Ortega extiende a los jóvenes, como el mismo lo dice, «una incitación». Les —nos— invita a combatir la «chabacanería», entendida como desinterés, comodidad y superficialidad, chabacanería que anida, se acostumbra y eterniza, convirtiéndose en verdadera talanquera, en verdadero lastre a superar, para lograr las transformaciones posibles. Allí Ortega hablaba de «La culturización de la Universidad», así como del «ideal del humanismo» y de los «fines genéricos y específicos de la Universidad».

El término «humanismo», que etimológicamente proviene de «humano» (del latín *humus*, que significa «tierra») tiene varios significados que desarrolla Ortega y Gasset. Con la palabra «humanismo» se puede designar el cultivo de la lengua y la literatura grecorromana. Con un significado más amplio, «humanismo» expresa cualquier movimiento cultural que se proponga el estudio de la cultura clásica grecorromana en general. Históricamente este «humanismo» se inició en el Renacimiento, aunque tuvo sobre todo un sentido literario. Los humanistas renacentistas eran gramáticos y retóricos, buenos conocedores del latín y del griego. Los historiadores del siglo pasado ampliaron la significación del término, añadiendo, al amor a la cultura clásica, la exaltación de la naturaleza.

A la palabra «humanismo» se la hacía derivar de «humano», porque se contraponía a la interpretación cristiana, y, por tanto, sobrenatural, una concepción meramente natural del hombre, desligada de toda religión. Con este descubrimiento del hombre, en esta perspectiva humanista, se recuperaría la cultura clásica. Por último, también a partir del siglo pasado, el término «humanismo» adquirió un nuevo significado, sin relación ya con lo literario ni con lo clásico, y que es el más corriente en nuestros días. Con él se designa cualquier filosofía que procure explicar el valor de la persona humana, su puesto en el cosmos, su destino y finalidad, y que proponga un ideal en función de esa valoración.

Ortega y Gasset vio con gran clarividencia esta misión esencial de la Universidad de formar personas cultas, que transmitan y desarrollen la cultura para el bien de todos. Se lee en su discurso: «Hoy atravesamos —contra ciertas presunciones y apariencias— una época de terrible incultura». Por ello, advertía que se debía «Devolver a la Universidad su tarea central de «ilustración» del hombre, de enseñarle la plena cultura

del tiempo, de descubrirle con claridad y precisión el gigantesco mundo presente, donde tiene que encajarse su vida para ser auténtica»⁶⁵.

Indicaba también que:

Hay que acabar para siempre con cualquiera vagorosa imagen de la ilustración y la cultura, donde éstas aparezcan como aditamento ornamental, que algunos hombres ociosos ponen sobre su vida. No cabe tergiversación mayor. La cultura es un menester imprescindible de toda vida, es una dimensión constitutiva de la existencia humana, como las manos son el atributo del hombre.⁶⁶

Se podrá ser un buen profesional, pero, sin cultura, se será un «perfecto bárbaro», añadía. Para Ortega:

El hombre de ciencia actual es el prototipo del hombre-masa. Y no por casualidad, ni por defecto unipersonal de cada hombre de ciencia, sino porque la ciencia misma —raíz de la civilización— lo convierte automáticamente en hombre-masa; es decir, hace de él un primitivo, un bárbaro moderno.⁶⁷

Esa categoría orteguiana de «masa» no se refiere a una clase social, sino al tipo de hombre que impera en nuestra época y que atraviesa todas las capas sociales. Como indica en *La rebelión de las masas, obra de esta misma época*: «Masa puede definirse, como hecho psicológico, sin necesidad de esperar a que aparezcan los individuos en aglomeración»⁶⁸.

Pertenece a la masa el hombre vulgar:

Todo aquel que no se valora a sí mismo —en bien o en mal— por razones especiales, sino que se siente «como todo el mundo» y, sin embargo, no se angustia, se siente a sabor al sentirse idéntico a los demás.⁶⁹

65 Ortega y Gasset, José. *Misión de la Universidad*. Madrid, Revista de Occidente, 1936, pp. 66-67.

66 *Ibíd.*, Ortega y Gasset.

67 *Ibíd.*, Ortega y Gasset.

68 *Ibíd.*, Ortega y Gasset.

69 *Ibíd.*, Ortega y Gasset.

Para este hombre, «ser diferente es indecente». Pues les digo: Seamos indecentes.

Lo que es innegable es que Ortega, por imputar a la investigación universitaria la responsabilidad del olvido de la educación cultural, le da menos importancia. Confiesa que «Ha sido desastrosa la tendencia que ha llevado al predominio de la “investigación” en la Universidad. Ella ha sido la causa de que se elimine lo principal: la cultura»⁷⁰. Y, no es que Ortega y Gasset niegue la importancia de la investigación o de la ciencia, sino que recomienda que vayan juntas, combinando la facultad adquisitiva de saber y lo que se necesita saber para vivir.

En respuesta a la crisis de las humanidades, está en lo que el profesor Fernando Toller, de la Universidad Austral de Buenos Aires, reseñaba en el discurso de apertura del año académico 2011 en la Universidad del Istmo de Guatemala, narrando que había tenido la ocasión de estar con Linda Lorigan, vicerrectora de la Yale University:

Ella comentaba que en su Universidad siguen la filosofía de enseñar y aprender, con el objetivo de tener una mente amplia, un intelecto altamente disciplinado, sin especificar de antemano como será usado el intelecto. Más allá de la conveniencia de estudios universitarios generalistas o volcados a una disciplina particular, quiero aquí rescatar que ese enfoque va mucho más allá de adquirir simplemente hechos y conceptos, para centrarse en cultivar habilidades y hábitos de pensamiento independiente y riguroso, capacidad para analizar, destreza para poder formular la próxima pregunta y para iniciar la búsqueda de una respuesta.⁷¹

¿Cómo logran esa cosecha ante el cultivo de hábitos y habilidades?
Yale busca

posibilitar un empowerment special, de que las Facultades realicen su misión propia de «facultar», de dar un poder particular, el de comprender el mundo y la sociedad con una herramienta indispensable, que

⁷⁰ *Ibíd.*, Ortega y Gasset.

⁷¹ Toller, Fernando. Lección Magistral de Inauguración del Año Lectivo en la Universidad del Istmo, Guatemala, 2011.

sólo ella puede dar: el de una mente formada en las humanidades y en las ciencias, que puede devolver a los demás, profesionalmente, lo que de los demás se recibió.

Sin embargo, ellos mismos identifican algunas dificultades y peligros en la enseñanza, «ya que es muy cierta aquella conocida idea de que nunca se informó tanto de tantas cosas, y hubo tan poca sabiduría sobre lo que es importante».

Esa abundancia de información sin sabiduría hace tan decisivas cosas basales de la vida universitaria, como algunas de las siguientes. Saber argumentar. Saber dialogar. Acostumbrarse a debatir los grandes temas. Aprender a escribir. Leer buenos libros.

Criticar una idea. Animarse a crear. Saber investigar. Acostumbrarse a apasionarse con todo lo humano. Saber encontrar, desde cada arte y ciencia, las preguntas, las incógnitas, que precisa la sociedad para develar el enigma del hombre, concretado en el enigma de cada derecho fundamental. Aprender a encontrar el camino para la solución de esas preguntas. Y poner todo el esfuerzo y la ilusión que es necesario para cada una de estas cosas.

Y cierra la justificación de la siguiente manera:

Todo eso ocurría en la vieja Universidad, en Oxford, en París, en Santiago de Compostela, en Bolonia... Todo eso debe ocurrir ahora aquí... Y debe ocurrir, porque todo eso es la experiencia universitaria, multisecular, de la relación fraterna entre compañeros y de la relación sinérgica entre maestros y discípulos.

Estas consideraciones acerca de las humanidades son el fundamento para conformar un verdadero programa de formación integral, donde las humanidades «puedan rescatar la riqueza de la experiencia humana y contribuir significativamente a ampliar nuestros horizontes vitales»⁷² sin que sean un baño cultural superficial, sino que con ellas se cumpla, con intensidad curricular, la denominada formación integral

72 González, Ana Martha. Op. Cit., p. 11.

que desarrolle un propósito educativo central: la «visión cristiana del hombre y del mundo»⁷³.

Esto se logra siempre y cuando

la Universidad sea un foco, cada vez más vivo, de libertad cívica, de preparación intelectual, de emulación profesional, y un estímulo para la enseñanza universitaria. Vuestro sacrificio generoso está en la base de la labor universal, que busca el incremento de las ciencias humanas, la promoción social, la pedagogía de la fe.⁷⁴

Y, esas ciencias humanas deben ser «desarrolladas con principios y métodos propios, avaloradas con el contraste de la Revelación sobrenatural»⁷⁵ para que así puedan contribuir «a resolver de modo adecuado los problemas humanos, espirituales y temporales, de todo tiempo y lugar»⁷⁶.

Para lograr comprensiones de mayor penetración y alcance en la formación humanística y profesional que se imparte a los universitarios (incluidos allí tanto estudiantes como profesores), una institución de educación superior no puede limitarse a «ofrecer una formación específica (*Ausbildung*), ayudando a desarrollar la razón instrumental o metódica que caracteriza a cada ámbito académico, sino a una formación de tenor intelectual más completa (*Bildung*)»⁷⁷, ya que «una universidad que se limitase a transmitir habilidades y se adecuase a los parámetros en boga en un determinado contexto social, sin cuestionarse el grado de humanidad en el que vivimos, habría renegado de su íntima identidad»⁷⁸, para así integrar una «auténtica comunidad formativa en la que, frente a la privatización del provecho propio, se busca un bien común que no puede reducirse a la suma o agregación de muchos

73 Universidad de La Sabana. Principio fundamental del Proyecto Educativo Institucional. En <http://www.unisabana.edu.co/la-sabana/proyecto-educativo-institucional/principios/>, consultado el 28 de junio de 2012.

74 Escrivá de Balaguer, San Josemaría. *Amar al mundo apasionadamente*. Op. Cit. En Conversaciones, punto 120.

75 Escrivá de Balaguer, San Josemaría. *La universidad ante cualquier necesidad de los hombres*, investidura de doctores octubre 7 de 1972, en: Discursos sobre la Universidad.

76 *Ibíd.*

77 Romerá, Luis. La razón responsable y la Universidad. El lugar de la teología, Op. Cit., p. 16.

78 *Ibíd.*, p. 17.

egoísmos»⁷⁹, y en la que sus asignaturas humanísticas nos acerquen a la necesidad de estudiarlas; de ver en ellas lo que con madurez forma fundamentalmente la personalidad humana para la vida, excluyendo el concepto de costuras o cosas fáciles o temas de requisitos mínimos, en los cuales los profesores no se sientan obligados a esforzarse ni exigirse ni hacer lo mismo con sus estudiantes. Debemos apreciar en esas asignaturas y en ese programa de formación «[el hecho de que pretende preparar a personas con competencia, que dominen lo actual en las ciencias y técnicas, y que al mismo tiempo posean capacidades para la innovación, de tal modo que, lejos de conformarse con lo alcanzado hasta ahora, se abran con creatividad a nuevas posibilidades]»⁸⁰, para que sigan el verdadero camino hacia la verdad.

Académicos, los invito a que, como lo dije anteriormente, seamos indecentes, es decir, a que cultivemos los saberes humanos «con la aspiración irrenunciable de la búsqueda de la verdad, contemplada en todas sus facetas»⁸¹; a que seamos «servidores nobilísimos de las ciencias» por dedicar nuestras vidas «a la prodigiosa aventura de desentrañar sus riquezas»⁸², pero además «a comunicar después esas riquezas a los estudiantes, con abierta generosidad, en la alegre labor del magisterio, que es forja de hombres, mediante la elevación de su espíritu», amando apasionadamente al mundo que nos corresponde transformar desde dentro; «*Per aspera ad astra*», decían los latinos: Por los caminos difíciles, hasta las estrellas.

Referencias

Albendea Pabón, José. *Manual de ideas políticas*. Ediciones Jurídicas Gustavo Ibáñez, Bogotá, 1999.

Benedicto XVI. Discurso en el encuentro con los jóvenes profesores universitarios en El Escorial, 19 de agosto de 2011.

79 Llano, Alejandro. Op. Cit., en Echevarría, Javier, López Moratalla, Natalia, Rodríguez, Pedro y Llano, Alejandro. *Homenaje a Monseñor Álvaro del Portillo*. Editorial Eunsá, Colección NT-Religión, Pamplona, 1995, p. 107.

80 Romerá, Luis. La razón responsable y la Universidad. *El lugar de la teología*, Op. Cit., p. 14.

81 Echevarría Rodríguez, Javier. *La universidad, motivo de esperanza*, en Echevarría, Javier, López Moratalla, Natalia, Rodríguez, Pedro y Llano, Alejandro. *Homenaje a Monseñor Álvaro del Portillo*. Editorial Eunsá, Colección NT-Religión, Pamplona, 1995, p. 122.

82 Escrivá de Balaguer, San Josemaría. Servidores nobilísimos de las ciencias. En *Discursos sobre la Universidad*, capítulo 6.

Chirinos, María Pía. Una propuesta humanista para una nueva educación. En *Mercurio Peruano. Revista de Humanidades. Universidad de Piura*, n.º 523, 2010, p. 24.

Presidencia de Colombia. *Decreto – Ley 80 de 1980* (22 de enero).

Echevarría Rodríguez, Javier. *La universidad, motivo de esperanza*. En, Echevarría, Javier, López Moratalla, Natalia, Rodríguez, Pedro y Llano, Alejandro. *Homenaje a Monseñor Álvaro del Portillo*. Editorial Euns, Colección NT-Religión, Pamplona, 1995, p. 122.

Escrivá de Balaguer, San Josemaría. *Amar al mundo apasionadamente*. En: *Conversaciones*, punto 120.

Escrivá de Balaguer, San Josemaría. *La universidad al servicio de la sociedad actual*. Palabras en el Campus de la Universidad de Navarra en 1967. En *Conversaciones*, punto 73.

Escrivá de Balaguer, San Josemaría. *La universidad ante cualquier necesidad de los hombres*, investidura de doctores, 7 de octubre de 1972. En *Discursos sobre la Universidad*.

Escrivá de Balaguer, San Josemaría. *Servidores nobilísimos de las ciencias*. En *Discursos sobre la Universidad*, capítulo 6.

Farri, Umberto. *Perspectivas y objetos de la cooperación universitaria*. En Ortiz, José María, Del Portillo, Álvaro, Farri, Umberto, Capucci, Aldo, Ribera, Alberto y Palla, Pier Giovanni. *El mundo que viviremos. 25 años de los congresos UNIV*. Ediciones Rialp, Madrid, 1993.

Ferrari, Aparecida. *Veinticinco años después*. En Ortiz, José María, Del Portillo, Álvaro, Farri, Umberto, Capucci, Aldo, Ribera, Alberto y Palla, Pier Giovanni. *El mundo que viviremos. 25 años de los congresos UNIV*. Ediciones Rialp, Madrid, 1993.

González, Ana Martha. *El modelo del Instituto de Cultura y Sociedad (ICS)*. Conferencia del 9 de octubre de 2013 en el IV Encuentro de la Red Transversal de Humanidades, Pamplona, 2013.

Dicasterio para la Cultura y la Educación. <http://www.cultura.va/content/cultura/es/archivio/documenti/culturauniversita.html>, consultado el 19 de diciembre de 2021.

Juan Pablo II. Carta autógrafa instituyendo el Consejo Pontificio de la Cultura, 20 de mayo de 1982, en AAS, t. 74, 1983, pp. 683-688.

Juan Pablo II. *Discurso en la Universidad Complutense de Madrid*, 3 de marzo de 1982.

Juan Pablo II. *Memoria e Identidad*. Traducción de Bogdan Piotrowski. Editorial Planeta, Bogotá, 2005.

Llano, Alejandro. *Mons. Álvaro del Portillo y la Universidad*. En Echevarría, Javier, López Moratalla, Natalia, Rodríguez, Pedro y Llano, Alejandro. *Homenaje a Monseñor Álvaro del Portillo*. Editorial Euns, Colección NT-Religión, Pamplona, 1995, p. 97.

- Llano, Alejandro. *Segunda Navegación. Memorias 2*. Ediciones Encuentro, Madrid, 2010.
- Marín, Higinio. *Estudio Histórico Sistemático del Humanismo*. Cuadernos del Seminario Permanente Empresa y Humanismo n.º 33, Universidad de Navarra, Pamplona, 1990.
- Mejía Velilla, David. Crisis y porvenir de las humanidades en la universidad actual. En *Pensamiento y Cultura*, n.º 1. Universidad de La Sabana, Bogotá, D.C., 1998.
- Mejía Velilla, David. *Sobre la enseñanza de las Humanidades*. Universidad de La Sabana, Bogotá, D.C., 1990.
- Mora, Juan Manuel. *Universidades de inspiración cristiana: identidad, cultura, comunicación*. En *Romana, Boletín de la Prelatura del Opus Dei*, año XXVIII, n.º 54, enero-junio de 2012.
- Murillo Murillo, Ildefonso. *Ciencia, persona y fe cristiana*. Editorial de la Universidad Pontificia Bolivariana, Medellín, 2009.
- Nussbaum, Martha C. Por qué la democracia necesita de las humanidades. En *Sin fines de lucro*. Traducción de María Victoria Rodill. Katz Editores, discusiones. Madrid, 2010.
- Olano García, Hernán Alejandro. *Dos Princesas Byzantinas en la Corte de Aquimenzaque. Estudio sobre la nobiliaria colombiana*. Editorial Berkana Hispanoamericana y Ediciones Doctrina y Ley, Bogotá, 2003.
- Ortega y Gasset, José. *Misión de la Universidad*. Madrid, Revista de Occidente, 1936.
- Ortega, Aureliano. Perspectivas de los posgrados en humanidades en las universidades estatales. En *Omnia*, edición especial, año 20, 2004, pp. 161-166. Disponible en http://clacso-posgrados.net/documentos_aportes/34.pdf.
- Ospina, William. *Colombia, donde el verde es de todos los colores*. Random House Mondadori, Bogotá, 2013.
- Piotrowski, Bogdan. *El Beato Josemaría Escrivá de Balaguer como precursor del nuevo humanismo*. Lección magistral pronunciada el 28 de enero de 2002 con motivo de la apertura del año académico de la Universidad de La Sabana, en: *Memoria año académico 2002*.
- Rivero Ortega, Ricardo. La visión del mundo académico de los ODS. *Revista Pensamiento Iberoamericano*, n.º 6, 2018.
- Rodríguez, Pedro. *Fe y vida de fe*. Eunsá. Colección Astrolabio, serie Religión, Pamplona, 2013.
- Rojas, Enrique. *El hombre light. Una vida sin valores*. Procodes, Bogotá, 2012.
- Romerá, Luis. La razón responsable y la Universidad. El lugar de la teología. En Romerá, Luis, Rodríguez Duplá, Leonardo y López Goñi, Ignacio. *La fe en la universidad*. Instituto de Antropología y Ética. Grupo de Investigación «Ciencia, Razón y FE», Universidad de Navarra, Pamplona, 2013.

Sánchez-Migallón, Sergio. Presentación. En Guardini, Romano. *Tres escritos sobre la universidad*. Editorial Eunsá, Colección Astrolabio, Pamplona, 2012.

Séneca. De la brevedad de la vida. Traducción y notas de Francisco Socas Gavilán, en: http://www.juntadeandalucia.es/cultura/bivian/media/flashbooks/lecturas_pendientes/sobre_la_brevedad_de_la_vida/files/seneca.pdf

Sesé Alegre, José María. *Las Humanidades en la Universidad del Tercer Milenio*. Universidad de Piura, 2002.

Toller, Fernando. Lección Magistral de Inauguración del Año Lectivo en la Universidad del Itsmo, Guatemala, 2011.

Universidad de la Sabana *¿Qué es la identidad cristiana? Reflexiones preliminares*. Documento de trabajo, pp. 2-3.

Vargas Llosa, Mario. Metamorfosis de una palabra. En *La civilización del espectáculo*. Alfaguara, Bogotá, 2012.

Vatican Information Services, 140213.